

## AGRADECIMIENTOS

La preparación y redacción de este libro me depararon años de felicidad, de regreso a los archivos, de excitación en la reflexión, de placer por escribir, que hacen aún más grande mi deuda con todos los que me han alentado y apoyado en este proyecto próximo a la orilla de las Hespérides.

Mis primeros agradecimientos se dirigen a mis colegas y amigos del laboratorio TELEMME de la Universidad de Aix-Marsella. Xavier Daumalin estuvo en el origen de la investigación al sugerirme que yo mismo elaborara la contribución sobre Río Tinto que estimara imprescindible en un coloquio dedicado a la historia de la contaminación industrial en los países mediterráneos. Eric Carroll, ingeniero informático, ha efectuado un notable trabajo de restauración y procesamiento de los documentos iconográficos. Gracias al apoyo de Maryline Crivello, directora, y del consejo del laboratorio, TELEMME ha contribuido en la financiación del proyecto, desde las estancias en Andalucía occidental para la recopilación documental hasta la traducción del manuscrito.

Mis semanas madrilenas de trabajo deben mucho a la eficaz acogida de que fui objeto en el *Archivo Histórico Nacional*. En el *Archivo General Militar* de Madrid y la *Hemeroteca Municipal* de Sevilla mostraron, igualmente, sobradas pruebas de su magnífica disponibilidad y comprensión para facilitar mi trabajo *in situ* o responder a mis peticiones. Especial gratitud debo a todos aquellos que me acogieron en los mismos escenarios de los enfrentamientos descritos en este libro. Ya en Minas de Riotinto, y tras nuestros intercambios epistolares, Juan Manuel Pérez López, director de los archivos de la Fundación Río Tinto e historiador del drama, me demostró una generosidad, siempre discreta, pero total y sincera, para poner a mi disposición fuentes documentales fundamentales, para responder a todas mis preguntas, pese a lo sorprendentes que pudieran haberle parecido, para animarme a concluir el libro con rapidez. Voluntariamente concentré mis investigaciones en Alosno, Calañas y Zalamea; las tres poblaciones de la cuenca minera más implicadas durante el largo decenio de conflicto ocasionado por los humos. La acogida que recibí

en todas y cada una de ellas a la hora de consultar sus archivos municipales fue, simplemente, excepcional: máximas facilidades, calor, disponibilidad y ayuda material y humana. Dejando al margen los archivos, la preparación de este estudio nos ha dado, a mi esposa y a mí, la oportunidad de vivir momentos excepcionales de encuentro e intercambio en el corazón de esta Andalucía rural occidental relegada de los circuitos turísticos. Este trabajo en archivos se pudo completar gracias a María Dolores Ferrero Blanco que me proporcionó una copia de un conjunto de cartas conservadas en el Archivo Ordóñez Rincón, hoy desaparecido. Quiero expresarle mi más profunda gratitud por su generosidad.

La polución por combustión de las piritas me ha llevado a recurrir al talento de colegas y amigos químicos. Paul Tordo, profesor emérito y antiguo presidente de la Universidad de Provenza, ha rehecho en el trabajo las reacciones provocadas por el tratamiento de piritas así como los fenómenos de contaminación subsiguientes. Robert Gauthier, profesor titular honorario de la Universidad de Lyon, ha elaborado una estimación de las cantidades de azufre emitidas diariamente a la atmósfera. A los dos, mi inmensa gratitud.

En diferentes etapas de la redacción he sometido el manuscrito a la mirada vigilante de varios colegas y amigos: Armando Alberola, Gérard Dufour, Antonio Escudero, Eduardo González Calleja, Xavier Huetz de Lempis, Emilio La Parra y Jordi Nadal. De todos he recibido ánimos, observaciones siempre justificadas y consejos; todos pertinentes y útiles que me he aplicado en seguir. Agradezco también a Agnès Delage, Rosario Die et Mireille Serrano una última revisión de varios capítulos del texto español definitivo.

He de expresar un agradecimiento muy especial a María Ángeles Casado, quien ha traducido el manuscrito al castellano con precisión, inteligencia y elegancia. Y con una generosidad que va mucho más allá de una colaboración puramente académica. Como historiadora especialista en la España del siglo XIX, ha sido una lectora vigilante: incluso la versión francesa de este trabajo es deudora de observaciones, siempre bien fundamentadas, sobre ciertos aspectos de mi lectura de los acontecimientos o de la historia de la España del momento. En fin, es gracias a su acogida y a la de Emilio que varios capítulos de este libro han podido ser redactados en El Campello, tan cerca de esta Universidad de Alicante a la que me unen tantos lazos, personales e institucionales.

La Universidad de Alicante ha querido asumir la edición de la versión castellana de esta investigación, mientras que la Casa de Velázquez ha hecho lo propio con la francesa. Esta convergencia ilustra la proximidad de dos instituciones que me son particularmente queridas y constituye un hito más dentro de una colaboración que viene de lejos. Agradezco sinceramente a ambas que hayan querido publicar esta obra singular, que intenta conjugar el rigor del

enfoque con la sencillez de la exposición, la ponderación del análisis con el desciframiento de la acción de los poderes y la compasión con el respeto a las víctimas; todo ello desde la distancia y la pasión del historiador.

Quiero expresar mi gratitud más sincera al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante, especialmente a Josep Forcadell, Vicente Navarro y Xavier Casero, por el conjunto de la labor cumplida, considerable, rigurosa e inteligente, por su profesionalismo, su vigilancia, la pertinencia de sus consejos y decisiones editoriales y además por su benevolencia e incluso indulgencia hacia el autor. Este libro les debe mucho.

Finalmente, he de insistir una vez más en todo lo que debo a mi esposa y a nuestros hijos, que me han incitado a la conclusión rápida de un desafío que me había lanzado a mí mismo. Claude ha compartido estos años de trabajo, tanto en las fases de tensión como en los momentos de entusiasmo. Me ha acompañado en todas mis campañas andaluzas; no solo a los archivos, también al corazón de los pueblos, y me ha ayudado a comprender mejor la riqueza humana y las claves de su funcionamiento social. Gracias a ella, gracias a todos los que habéis estado a mi alrededor, esta aventura se ha convertido en un nuevo reencuentro con una España popular olvidada demasiado a menudo por la historia, y de la que tanto su pasado como su futuro están, más que nunca, en el corazón de nuestras pasiones comunes.



## PRÓLOGO

Yo nunca debiera haber escrito este libro. En principio porque no pensaba hacerlo. Pero se dieron un cúmulo de circunstancias: un coloquio sobre la historia de la contaminación industrial en el Mediterráneo, la insistencia por mi parte en la necesidad de dar a conocer el problema de la calcinación al aire libre de las piritas de Huelva, al igual que la masacre de 1888 y, en última instancia, una invitación a que yo mismo asumiera mi proposición. La ocasión fue inopinada. Este libro es el fruto, algo tardío, de una comunicación de circunstancias y deber, cuyo engranaje había creado yo y en el que me dejé no solo triturar sino más bien arrastrar, con ensañamiento y placer.

La otra razón, mucho más seria, de mi anormal intrusión en este terreno es que este libro hubiera debido haber sido escrito por otros, desde hace mucho tiempo. Un ejército nacional que disparó sobre una multitud desarmada para favorecer los intereses de una compañía extranjera, con un resultado de más de 200 muertos, la mayor masacre de obreros en Europa fuera de los periodos de graves revueltas interiores: más allá de la emoción del momento, tendría que haber suscitado una memoria duradera, el trabajo de los historiadores y, de manera eventual, el interés del gran público. Yo me encontré con este suceso, hace más de 40 años, en una documentación de archivo examinada de manera superficial y estaba seguro de que el desarrollo de la investigación histórica en la España democrática habría producido trabajos definitivos sobre el tema. De hecho, existe una tesis, muy digna de consideración, sobre *el año de los tiros*. La he utilizado con aprovechamiento, puesto que es muy fiable y pertinente en sus análisis. Salvo alguna excepción, no he vuelto a consultar la documentación utilizada ya en este trabajo. Su limitación responde al hecho de que su autora no fue más allá de la utilización de fuentes locales, ilustrando así, a su pesar, la vertiente negativa de la investigación histórica española: los límites espaciales de la provincia en la búsqueda de las fuentes. Había, pues, un trabajo que hacer y me sentí con el deber de hacerlo, como si el historiador de la economía, especialista en historia de la minería, que he intentado ser a lo largo de decenios se sintiera endeudado

hacia una historia social que había dejado de lado voluntariamente durante tanto tiempo.

Hacía tiempo que me había encontrado con la documentación específica del Ministerio de Gobernación. Enseguida me di cuenta de que nadie la había utilizado todavía. Me adentré en ella, encontré más documentación en el Archivo Histórico Nacional. A continuación, de Madrid a Sevilla, la consulta de múltiples fuentes impresas, prensa y el *Diario de Sesiones* de las Cortes, y dos estancias de investigación en la cuenca, breves pero intensas, en 2013 y 2014, para recoger la información de los archivos de la Fundación Río Tinto y en los archivos de los tres ayuntamientos más implicados en la lucha contra los humos, Zalamea, Calañas y Alosno. El trabajo se combinó con el placer de reencontrar, al lado de Claude, mi mujer, una región interesante por los vestigios de su pasado minero, asumidos como patrimonio, por sus paisajes, a menudo excepcionales, y por una gente cuya capacidad de acogida nunca decepciona.

#### PASIONES REENCONTRADAS

Hacía falta pasión para lanzarse, sin obligación alguna, a una empresa devoradora de tiempo, de kilómetros en coche, acaparadora del espíritu hasta el punto de llegar a ser una obsesión. No flaqueé, y el 4 de febrero fue para mí el despertar o la confirmación de múltiples y diversas pasiones. La primera fue la de las fuentes, la de los archivos. Después de décadas ocupadas por la enseñanza, los cargos y responsabilidades, después de la dirección de decenas de tesis, este trabajo fue una libertad reencontrada, un motivo para frecuentar de nuevo los centros archivísticos, las hemerotecas, para volver a ser el historiador de a pie que había sido treinta años atrás. He sido muy feliz al volver a salir a la búsqueda del documento, a la búsqueda de la prueba, a lo que es la esencia misma del oficio de historiador, de la misión del investigador.

La segunda pasión, vivida al hilo de los archivos y de la escritura después, fue la de una historia entendida en el sentido más global. En este sentido, esta investigación fue, en principio, para mí una evasión de la historia económica practicada demasiado a menudo como una disciplina acotada. Fue también la confirmación de lo que se ha convertido en una banalidad, más a menudo enunciada que practicada: para ser fecunda, la investigación tiene que trabajar con distintos enfoques, incluida la historia política. Concretamente, eso significa, en este caso, que seguí atentamente la vida política de la Restauración, reducida a menudo al simple juego formal del *turno político*. Las Cortes no eran solo el teatro de un simulacro de democracia. Por lo que en ellas se decía y lo que se callaba, sus debates generaron momentos privilegiados de información, al tiempo que reveladores del estado del país.

La tercera pasión saciada gracias a esta investigación era la del mundo rural, la de las gentes sencillas que viven al ritmo de las cosechas. Seguramente tuvo mucho que ver en ello la atención que presté a los daños en los cultivos, a las quejas fácilmente descalificadas por las compañías. En cambio no practiqué militancia alguna y, en particular, esta investigación no entraña un compromiso ecologista. En este terreno mi única toma de partido está vinculada con mi interés por las abejas. La herencia recibida de generaciones de apicultores me llevó a seguir al ayuntamiento de El Alosno que, desde 1877, hacía «de la industriosa colmena, por la delicadeza y ninguna resistencia de la flor»<sup>1</sup>, el indicador más sensible de la polución. Pudimos constatar, con alegría, que Riotinto y el conjunto de la comarca minera habían vuelto a ser lo que eran antes de la invasión de los humos: una tierra de miel.

Queda una cuarta pasión, o más bien una aspiración inconfesable para el historiador, especializado en economía: la de escribir un relato, estructurado sin duda alguna, argumentado, con todo tipo de referencias, que se pudiera leer como una narración y no como una de esas tesis universitarias por cuyo rigor de exposición me he preocupado a lo largo de tantos años. Con el regreso a los archivos, recuperé por segunda vez mi libertad como historiador, pero esta vez era una libertad de disidencia metodológica. Me negué a dar el paso hacia el ensayo y, menos aún, hacia la novela. No me sentía con talento suficiente y, además, estaba convencido de que mi libertad debía verse acompañada por la obligación de ser veraz, hacia los hechos y hacia las víctimas. ¡No se puede jugar a ser novelista después de haber oído a Mario Vargas Llosa declarar que solo el mal novelista es fiel a la realidad! Por otra parte, hasta este momento, la ficción sobre el 4 de febrero, tardía en cualquier caso, no había conseguido resultados convincentes ni servido a la memoria de las víctimas. Quedaba así el relato, el más sencillo, el menos conceptualizado posible, y de fácil acceso a la mayoría. No sé si lo he conseguido, pero si así fuera, sería el mayor orgullo para mí, un hijo de maestros de escuela.

## ENIGMAS

En el fondo, más allá de las peripecias, por muy trágicas que sean, ¿hubiera podido la investigación llegar a otras conclusiones que no fueran la verificación de la omnipotencia del capitalismo en una alejada comarca de un país periférico de la Europa industrial? En este caso, la documentación se prestaba a un tratamiento sintético, a una presentación, breve y eficaz: la destrucción de un rincón de Andalucía protagonizada por el imperialismo británico como si, de hecho, se tratara de una colonia, despreciando la agricultura, a sus habitantes e instituciones. Así lo precisaba el ayuntamiento de Calañas pocos días

1 Arch. Municipal de Alosno (AMA), sesión ordinaria, 3 de febrero de 1877.

antes de la masacre: «siendo depresivo para todo español que se consienta en su patria lo que se prohíbe en la patria de los que explotan nuestra provincia, dando con esta criminal tolerancia lugar a que las naciones europeas formen un concepto humillante y vejatorio de nuestra nacionalidad y crean gráfica y verdadera la celebre expresión de Dumas, de que el África empieza en los Pirineos»<sup>2</sup>. África al sur de los Pirineos, una colonización de hecho: estas afirmaciones no carecen de sentido, tendremos ocasión de comprobarlo, pero resultan algo someras. Ocultan el ritmo y el aumento de las tensiones, la creciente complejidad de las divisiones y del juego de los actores, incluso el del Estado. Impiden ver la realidad, la vida bajo los humos, las vías del poder o de los contrapoderes, los atajos para llegar a una decisión o su ausencia y, más en profundidad, las aspiraciones de las sociedades y su cuerpo a cuerpo con sus problemas. Me obligué a no confundir legibilidad y simplificación, y, menos aún, a hacer caricatura ideológica.

Así pues, abordé este terreno no para verificar una hipótesis general, sino para afrontar un enigma, o más bien un conjunto de enigmas. Los dos más conocidos hacen referencia al número de víctimas y la orden de disparar: ¿hubo orden de disparar y quién la dio en ese caso? Pero hay muchos otros, sobre el funcionamiento de la Liga antihumista y las modalidades de movilización en los pueblos, sobre el trasfondo de la convergencia entre los obreros y los trabajadores de la tierra y, especialmente, el papel del líder Tornet. Hay otros que, siendo menos visibles, son igualmente llamativos: ¿por qué tal colusión entre los poderes y Río Tinto? ¿Por qué la matanza, efectuada por una tropa regular a las órdenes de sus jefes, no se convirtió en un escándalo de Estado y por qué se mantuvo al gobernador civil después de la masacre... y por qué, más allá del marco local, cayó tan fácilmente en el olvido? La enumeración de estas preguntas, que podría prolongarse aún, no es en absoluto un inventario de promesas de respuesta, sino la expresión de una preocupación: el intento de sacar a la superficie los componentes principales de un acontecimiento terrible, inaudito, aparentemente imprevisible. El 4 de febrero de 1888, en la plaza del Ayuntamiento, los manifestantes eran realmente numerosos, más de diez mil al comienzo de la tarde, pero no estaban armados, incluso habían llegado acompañados por una banda de música. «Nadie llevaba armas. ¿Para qué? Ellos no iban a pelear, iban a pedir y como prueba de sus intenciones llevaban a sus mujeres e hijos»<sup>3</sup>. Este testimonio del corresponsal local de un periódico de Huelva resume la situación y hace aflorar lo absurdo o la ignominia de la masacre.

2 Archivo Municipal de Calañas (AMC), libro de actas capitulares, sesión extraordinaria del 19 de enero de 1888.

3 «Los sucesos de Río Tinto», *La Coalición Republicana*, 7 de febrero de 1888.



Afronté el enigma practicando un doble ensanchamiento en el tiempo y en el espacio. El tiempo en primer lugar. Para dar luz al *año de los tiros*, me remonté hacia atrás, a un tiempo anterior a la llegada del capital inglés a la cuenca, a antes incluso de las *teleras*, y también me hice preguntas acerca de la resaca de la masacre en las semanas y meses siguientes, al igual que acerca de su sombra proyectada durante años o décadas. A continuación, el espacio. Salí de Riotinto y de los pueblos de los alrededores para interesarme por el conjunto de la cuenca. Fui a Madrid, a las Cortes, por supuesto, pero también a los pasillos y salones ministeriales. Y, sin embargo, no sepulté la masacre entre grandes consideraciones, ni olvidé a las víctimas en favor de la política, de altos o no tan altos vuelos. Sencillamente pretendí llegar a entender los mecanismos del horror, humano, pero también político, los mecanismos de su génesis, los mecanismos de su olvido más allá del marco local. Los protagonistas del drama eran múltiples, pero pueden organizarse sumariamente en cuatro categorías: las compañías mineras, entre las que Río Tinto era, con mucho, la más importante, las gentes de la zona, los habitantes de las decenas de pueblos de los alrededores, en un área de unos 2000 kilómetros cuadrados, los obreros de las minas y, por último, todo el aparato de poder estatal, administrativo y político, provincial y madrileño. La aparición en escena y el papel de cada uno a lo largo de los doce años precedentes me han aportado una luz decisiva sobre unos minutos de horror en una bella tarde de invierno andaluz. Por último, la liquidación inmediata de la masacre, después la del «asunto de los humos» a lo largo de los años siguientes, ponen de relieve progresivamente el papel de los médicos. Divididos por su condición –médicos rurales, asalariados de las compañías, facultativos de hospitales o aristocracia profesional de la Academia de Medicina– para algunos fueron profesionales que se enfrentaron a los sufrimientos corporales y, para la totalidad, protagonistas de debates de salud pública que llegaron a ser decisivos. Entre el rechazo y la instrumentalización, la experiencia de los médicos fue decisiva en la consideración y la solución del problema. ¿Salud pública o intereses de carácter personal? Para los médicos como para los ingenieros de minas, el asunto de los humos fue un implacable revelador de las corporaciones, de los individuos, de su manera de ver a la gente, *el pueblo llano*, de su propio sentido del deber.

#### DEL ABANICO DE RESPONSABILIDADES A LA VITALIDAD DE LAS LUCHAS POPULARES: RIO TINTO 1888 O LA HISTORIA COMO ELEMENTO REVELADOR

Dejemos inmediatamente a un lado el debate, tan siniestro como inútil, del primero de la clase: ¿Se produjo en Minas de Riotinto la primera contaminación a gran escala de la era industrial por las dimensiones del área afectada,

al menos en lo que respecta al sur de Europa? Es probable, pero no es eso lo más importante. La cuenca de las piritas permite conocer en principio la antigüedad de los ataques contra el medio ambiente ligados a las actividades de transformación. Contrariamente a lo que podría hacer creer una cierta miopía militante, y también científica en ocasiones, esas agresiones se dieron a lo largo de varios siglos: aparecieron mucho antes que Rio Tinto, incluso en el medio rural, en el que los cursos de agua, lugares privilegiados para la instalación de fábricas que necesitaban del agua como fuerza motriz, a menudo fueron a un tiempo víctimas y vectores de contaminaciones relacionadas con las más diversas actividades, tenerías, textil, industria química o metalúrgica<sup>4</sup>. La *faja pirítica* se distinguió por sufrir además una excepcional contaminación del aire: los siniestramente mal llamados «humos de Huelva», de nombre poco adecuado, puesto que no llegaban a la capital de la provincia. Más allá de la cuestión espacial, las contaminaciones que tenían su origen en las minas o en la metalurgia, fueron muy diferentes en naturaleza e intensidad: ¿cómo podrían compararse, a finales del siglo XIX, los daños provocados por el azufre de Rio Tinto, el mercurio de Almadén o el plomo emitido por las fábricas de Cartagena o de Marsella? Por lo demás, la cuenca de las piritas sufrió la contaminación en un territorio muy amplio realmente, pero muy delimitado. Algo muy diferente a lo que ocurre cuando la difusión del producto suma sus efectos a los del proceso de producción: hasta fechas recientes, el mejor ejemplo fue el del amianto. La *faja pirítica* conoció una masiva contaminación precoz, por aire y tierra a la vez, de una extensión excepcional, pero no pudo reivindicar el hecho de ser la primera en los daños y el dolor.

En cambio, aunque la expresión realce un perfecto anacronismo a finales del siglo XIX, Rio Tinto constituye un caso de laboratorio para el estudio de los conflictos medioambientales. La contaminación industrial de estas últimas décadas tiene poco que ver con «el problema de los humos». Todo parece diferente: el origen de las agresiones a la salud y al medio ambiente, el marco jurídico y político, las movilizaciones ciudadanas, los dictámenes de los expertos. Y sin embargo... los *humos de Huelva* ofrecen una extraña oportunidad: los documentos permiten decapar el barniz de los discursos y las justificaciones para dejar a la vista, directamente, realidades cuidadosamente disimuladas. Dejan al descubierto toda la cadena de puesta a punto, de extensión y de protección institucional de las técnicas contaminantes. Revelan el compromiso de las instancias de evaluación o de decisión, la colusión de las autoridades para impedir el conocimiento de la verdad, para frenar las decisiones que, a falta de moral, habría debido imponer el saber científico, el respeto a la ley, el respeto a la vida o sencillamente el sentido del Estado.

4 CENTEMERI, DAUMALIN, 2015, «Introduction», pp. 9-21.

Más allá de las responsabilidades, surgieron comportamientos de cinismo, de ceguera, de connivencia e incluso de complicidad.

Los resortes pudieron ser muy diversos. El más recurrente fue la corrupción, denunciada entonces con palabras apenas disimuladas, mencionada incluso por los historiadores británicos de la compañía<sup>5</sup>. De hecho, los dos diputados «a sueldo» que aparecen en el fichero del *staff* de Rio Tinto no proyectan sino una imagen ambigua y reducida a la mínima expresión del fenómeno<sup>6</sup>. Ambigua porque su remuneración estaba ligada a un cargo, en el que uno sucede al otro en abril de 1889, de representante oficial de la compañía en Madrid. Desde esta perspectiva, la suma del cargo de diputado y del de agente de una compañía podría haber sido considerada escandalosa a tenor de la obligada neutralidad del legislador, pero no como un símbolo de la corrupción pasiva. ¿Conflicto de intereses o corrupción? La respuesta no es sencilla. Por una parte, porque el segundo, Enrique Bushell, daba pie a fuertes sospechas de corrupción pasiva por su activismo en el Congreso a favor de Rio Tinto, especialmente en los días siguientes a la masacre, más de un año antes de haber sido contratado de forma oficial por la compañía. Por otra parte, debido al hecho de que la función de representante de la misma, debidamente remunerada, incluía una misión de presión respecto a otros diputados u otras gentes poderosas<sup>7</sup>. Entre el *lobbying* y la corrupción activa, la frontera quedaba desdibujada. ¿Podría el don de gentes de Bushell explicar por sí solo el éxito de la increíble expedición a Riotinto, en febrero de 1890, de unos cuarenta diputados, senadores y médicos eminentes? Bushell y Carballo, su predecesor, con una gran actividad en el Congreso, especialmente entre 1877 y 1880, no fueron las únicas caras visibles de la corrupción, sino más bien agentes dinamizadores de esa corrupción cada vez más amplia y más eficaz. Ligada siempre a las necesidades o urgencias del momento, se llevaba a cabo con prácticas discretas, puntuales o recurrentes, y se hace ver por sus resultados. Gracias a Carballo y Bushell, pero también a través de otros canales, el perfume de la corrupción estaba presente en todos los centros del poder, en Huelva y en Madrid, en todos los centros de decisión, desde los recintos de las Cortes hasta el corazón de instituciones eminentes. Por lo demás, la contrapartida de los «servicios» hechos a la compañía no era siempre económica: Rio Tinto sabía jugar de forma admirable con los escaños de diputados o senadores.

5 AVERY, 1985, p. 280; HARVEY, 1981, pp. 139 y 147 n. 84.

6 Esos dos diputados eran Daniel Carballo, representante de la compañía desde enero de 1874 hasta el 4 de abril de 1889, y Enrique Bushell, que le sucedió hasta el 9 de octubre de 1902, fecha a partir de la cual la compañía le pagó una pensión. Cf. AFRT, Staff, staff book n.º 1 y n.º 2.

7 Bushell recibió a partir de entonces 800 libras al año, más 200 por gastos de oficina. AFRT, staff book n.º 2, p. 23.

Lo más extraño es que la corrupción no siempre era necesaria. La solidaridad intelectual o profesional, las carencias de formación de las élites técnicas en la realidad de su propio país, el culto beatífico, o primario, a un progreso cuyo contenido no se cuestionaba: todos esos elementos explicaban la indiferencia respecto a la primera actividad del país, la agricultura, una indiferencia que se sumaba a otra, la que se tenía respecto a la suerte de quienes vivían en ese mundo rural. Todo ello clarifica también la somera identificación entre depredación minera e industria, entre agricultura y retraso, entre presencia extranjera y progreso. Todo eso se dio en aquellos momentos, pero es también terriblemente actual: es la reivindicación del dictamen de los expertos, de la palabra autorizada, del monopolio del sentido del interés general, es la decisión –o la falta de decisión– basada en silencios, en connivencias... ¿Hay mucha diferencia entre los humos de Huelva y el drama del amianto?

De una forma muy específica, la propia extensión de la contaminación cohesionó la movilización de muchos pueblos. Centenares de telegramas y decenas de informes permiten la reconstrucción de la trama de los diversos momentos de luchas contra los humos. Dan a conocer el valor, el camino a tientas, la habilidad y la desesperación de las gentes enfrentadas a lo desconocido, a lo inaudito. Dan abundante información sobre las prácticas de los pueblos demasiado fácilmente resumidas –o caricaturizadas– como caciquistas. Demuestran sencillamente una respuesta colectiva, en el marco social y cultural de la época, excepcional por su duración y su capacidad de invención. La lucha, en la que es visible la participación de distintos grupos sociales y su vitalidad, puede compararse con situaciones muy posteriores, o recientes. Sin saberlo, los pueblos de la sierra o del Andévalo fueron en aquellos momentos portadores de una extraña modernidad.

Más allá incluso de la construcción del saber, deseo por último que estas páginas den una nueva vida a esa lucha, tanto tiempo olvidada, que sirvan también para un mejor conocimiento de la memoria de las víctimas, escasamente presente fuera del marco local. Esos agricultores, obreros, mujeres y niños que fueron a manifestarse pacíficamente, con la banda de música por delante, caídos bajo el fuego surgido de dos compañías del regimiento de Pavía, tres años antes que los del pueblo francés de Fourmies, mucho menos numerosos pero con un mayor reconocimiento, son los grandes olvidados de la memoria obrera, de la memoria social de Europa<sup>8</sup>.

8 En Fourmies, ciudad obrera del norte de Francia, el ejército mató a 9 manifestantes, dos chicas jóvenes y un niño entre ellos, el 1 de mayo de 1891. En 1903, el alemán Karl Kautsky, responsable del SPD y teórico del socialismo, declaró que «en los doce años que habían transcurrido desde la matanza de Fourmies, en ningún país se había vertido más sangre que en la República francesa». La afirmación, luego discutida, se olvida de acontecimientos anteriores a los de Fourmies. REBÉRIOUX, 1994, p. 17. La represión del 1 de mayo de 1905 en Varsovia generó unos treinta muertos. WEILL, 1994, p. 35.

Este no es un libro militante: se limita a hablar de una crisis y de un acontecimiento extraordinario en un tiempo revuelto. Un libro en el que el análisis se hace a partir de la documentación, un libro trivial de historiador, con una originalidad que añade un agravante: palabras que intentan ser las de todos los días. Sus objetivos son la información y el análisis, tan rigurosos como sea posible, al igual que una última ambición, la invitación a la reflexión, sobre la suerte de las abejas, el uso de los fusiles, el futuro de los seres humanos.

Aix-en-Provence  
Fontbonne (Ardèche)  
El Campello (Alicante)  
2014-2016

#### LISTA DE ABREVIATURAS

AFRT: Archivo de la Fundación Rio Tinto  
AGMM: Archivo General Militar de Madrid  
AHN: Archivo Histórico Nacional  
AMA: Archivo Municipal de Alosno  
AMC: Archivo Municipal de Calañas  
AMZ: Archivo Municipal de Zalamea  
AOR: Archivo Ordóñez Rincón  
HMM: Hemeroteca Municipal de Madrid  
HMS: Hemeroteca Municipal de Sevilla  
PRO: Public Record Office

#### ADVERTENCIAS

Ortografías diferenciadas de Rio Tinto:

- “Río Tinto” cuando se trata del río o del antiguo establecimiento del Estado,
- “Rio Tinto” cuando se refiere a la *Rio Tinto Company*,
- “Minas de Riotinto”, o “Riotinto”, cuando se refiere al pueblo o al municipio.

Cambio de nombre del municipio y pueblo de Alosno:

Se emplea el nombre usado en todos los documentos, privados y públicos, de la época, “El Alosno”. El nombre “Alosno” sirve para el periodo actual, especialmente en cuanto a las referencias al archivo municipal.